

AYER, HOY y MAÑANA  
*15 propuestas para amar la Historia*

Adriano Prospero

traducción de Rafael Gaune Corradi

\*\* borrador para el concurso de ilustraciones del Fondo de Cultura Económica y  
el Instituto de Historia UC

‘Vanidad de vanidades’, dice el Predicador,  
‘Vanidad de vanidades, todo es vanidad’(...)  
Lo que fue, eso será; y lo que ha sido  
hecho, eso se hará. Nada hay nuevo debajo del  
sol.

*Libro de Eclesiastés*

## **Premisas**

### **Capítulo 1**

*La flecha del tiempo*

### **Capítulo 2**

*Medidas del tiempo: entre religiones, política y ciencia*

### **Capítulo 3**

*Medidas del espacio*

### **Capítulo 4**

*Hacia la unificación de la humanidad. El descubrimiento de América*

### **Capítulo 5**

*¿Qué significa periodizar? Medioevo, Humanismo, Renacimiento*

### **Capítulo 6**

*La segunda mitad de la primera globalización*

### **Capítulo 7**

*La revolución religiosa del siglo XVI*

### **Capítulo 8**

*De qué hablamos cuando hablamos de cultura y civilización*

### **Capítulo 9**

*La modernidad europea, luces y sombras*

### **Capítulo 10**

*La historia en el colegio*

### **Capítulo 11**

*La historia y la identidad*

### **Capítulo 12**

*El derecho*

## **Capítulo 13**

*La historia de la historia*

## **Capítulo 14**

*El Antropoceno y la aceleración de la historia*

## **Capítulo 15**

*¿Sapiens?*

## Premisas

He elegido como epígrafe de este libro un famoso fragmento de la obra de un sabio y moralista anónimo del siglo III a. C., que puede leerse en la Biblia hebrea. Aunque desconocemos su nombre, conocemos sus pensamientos y sabemos que han tenido la gran fortuna de ser leídos y meditados por muchos lectores. Ese libro, incluido entre los libros de la Biblia (título que en griego significa “los libros”), ha sido leído por todos los judíos a lo largo de su larga historia. Los cristianos también han podido leerla desde que aceptaron la Biblia hebrea entre sus libros sagrados, ya que contiene las profecías sobre la venida del Mesías, una promesa divina que, según el cristianismo, se cumplió con Jesús de Nazaret. Estos reconocieron a ese Mesías en la figura de Jesús, portador de un nuevo pacto (*Nuevo Testamento*) realizado con todos los seres humanos a través de la sangre derramada en la cruz. La palabra “testamento” significa “pacto jurídico” o contrato, y fue traducida correctamente al latín por el teólogo y filósofo holandés Erasmo de Róterdam como *instrumentum*.

Demos también una mirada al Nuevo Testamento. En él se recogen los textos fundacionales del cristianismo: los cuatro evangelios, que narran la vida de Jesús –Mateo, Marcos, Lucas y Juan–, y las cartas de los primeros seguidores, como, por ejemplo, las de Pablo de Tarso –que no conoció a Jesús, pero desde judío perseguidor de cristianos se convirtió en un ferviente propagandista del cristianismo tras tener una visión resplandeciente–, hasta la visión profética de san Juan sobre el fin del mundo.

Estos textos fueron redactados a lo largo de varios siglos y tienen un carácter histórico y religioso. Por eso merece la pena examinarlos desde el principio de estas reflexiones. Durante muchos siglos, judíos y cristianos los han leído como historias del mundo, desde la creación divina del universo hasta la de los progenitores de

los seres humanos y, posteriormente, desde la historia del pueblo hebreo hasta la del Jesús hebreo y sus seguidores. La obra que cierra el canon de las Sagradas Escrituras cristianas es el Apocalipsis, una visión profética del fin del mundo y del juicio de Dios. Junto a la historia, la Biblia contiene los preceptos fundamentales de la religión hebrea y cristiana, respectivamente, en las escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento.

En nuestra herencia cultural tenemos estos escritos, junto a otro tipo de historias completamente diversas, como las escrituras de los historiadores griegos y romanos del mundo antiguo: Tucídides, Heródoto, Jenofonte, entre otros. Esta escritura de historias inventó la historiografía como género literario y nació con el objetivo de transmitir a la posteridad el conocimiento digno de convertirse una “posesión para siempre”, como escribió Tucídides.

El objetivo era evitar que se perdiera la memoria de grandes hazañas, como la heroica guerra griega contra la invasión de un gran imperio oriental, pero la escritura también se utilizaba para conocer costumbres y pueblos que, de lo contrario, habrían caído en el olvido. Se trata, por lo tanto, de narrar cosas y hechos dignos de ser recordados.

La regla fundamental de la historiografía es la verdad. Quien escribe garantiza la veracidad de los hechos narrados porque fue testigo directo o porque los conoció a través de testigos dignos de fe. Estas dos características —la verdad histórica de los hechos y acontecimientos y la necesidad del historiador de narrar para que no se pierda la memoria— son, aún hoy, los fundamentos que distinguen a la historiografía como forma de conocimiento. Necesitamos reflexionar sobre ello para entender mejor qué es y para qué sirve el estudio de la historia.

Volvamos a la Biblia hebrea. Para el pueblo hebreo, este libro fue mucho más que una lectura ocasional y también mucho más que una lectura religiosa. Desde que abandonaron Palestina tras la fallida rebelión contra el Imperio romano

en el año 7 d. C. y se dispersó entre otros pueblos, sus miembros permanecieron unidos, a pesar de la separación física, gracias a la lectura de la Biblia. Su religión se definió como una “religión del libro” y su pueblo como el “pueblo del libro”: todos aprendían a leer y comentar la Escritura en épocas en las que la mayor parte de los pueblos europeos eran analfabetos. En el libro estaba su memoria y su esperanza, ya que en él se narraba el vínculo con el Dios único y omnipotente que los había elegido como pueblo. El judaísmo se definió como una “fe del recuerdo” por la memoria que conservó durante siglos del pacto con el Dios único, lo que lo distinguía de todos los demás pueblos. Esos escritos antiguos han sido objeto de lectura habitual por parte de todos los judíos. De los textos bíblicos surgió la esperanza de un futuro feliz y, desde el estudio de los preceptos religiosos y civiles dados por Dios a Moisés y de las normas emanadas de ellos, se derivó la solución de dudas y problemas jurídicos.

Vinculados al libro y a la lectura, no es de extrañar que hayan sido un pueblo que ha otorgado mucha importancia al saber. Por eso fueron apreciados y empleados en las administraciones estatales y en las prácticas comerciales. Su larga permanencia en la Península Ibérica durante la Edad Media es una muestra de ello. Durante siglos se les conoció como sefardíes, es decir, occidentales, para diferenciarlos de los asquenazíes, los judíos de Europa oriental. Tanto los soberanos de los reinos islámicos de la Península Ibérica como los nobles locales los consideraban valiosos por su cultura y su capacidad para administrar y gestionar lo público. Eran ellos quienes sabían leer latín y griego. Desde sus bibliotecas llegaron a los pueblos latinos las obras de los grandes pensadores antiguos: Platón, Aristóteles, entre otros. Sin embargo, la hostilidad de los cristianos, que los consideraban responsables de la condena a muerte de Jesús y, por lo tanto, maldecidos por Dios, dio lugar a formas de segregación y sometimiento que derivaron en formas extremas de odio y desprecio religiosos.

En 1492, cuando España fue reconquistada por completo por los cristianos, los judíos tuvieron que elegir entre convertirse al cristianismo o marcharse. La mayoría se fue. Mientras tanto, el odio cristiano hacía crecer la plaga del antisemitismo, es decir, la idea de que los judíos eran una raza inferior y peligrosa.

Este es un caso en el que la historia narrada en un libro sagrado fue la fuente de creencias y modelos de vida para los pueblos del libro: judíos, cristianos y musulmanes.

¿Puede suceder lo mismo en el estudio de la historia como saber laico, dirigido por reglas científicas y fundado en la obligación taxativa de decir la verdad y no decir falsedades?

Esta es una pregunta que espero que se retome después de leer las páginas de este libro. No estoy completamente seguro de que esto suceda, ya que por experiencia personal sé que el estudio de la historia como materia escolar es aburrido, y a menudo de forma intolerable. Se concibe como la memorización de una gran cantidad de datos e información: nombres de reyes, emperadores, papas y grandes personajes cuyas obras han ejercido una profunda y duradera influencia sobre la humanidad, narraciones de guerras y revoluciones. La erudición parece ser el único objetivo de este estudio.

Esta forma de entender la historia fue criticada en el siglo XIX por el filósofo Friedrich Nietzsche, quien la consideraba un obstáculo para la vida. Lo sigue siendo hoy en día si no se encuentra la forma de cambiarla.

Pensemos en las continuas píldoras de historia que se nos suministran en la vida cotidiana: la toponimia, por ejemplo, nos dice que las calles, las plazas y los monumentos tienen nombres de personajes o de grandes eventos históricos; cuando aprendemos normas, leemos la Constitución de alguna república o admiramos obras de arte en los museos, nos vemos obligados a tomar conciencia de la obra de grandes figuras del pasado. En el siglo XIX, el siglo de la historia, el

escritor estadounidense Nathaniel Hawthorne intentó plasmar en su libro *La casa de los siete tejados* la influencia que los muertos ejercen sobre las cosas de los vivos.

“... un muerto dispone en su testamento de bienes que ya no le pertenecen, y si muere intestado, se reparte su fortuna de acuerdo con nociones de hombres que han muerto mucho antes que él. Las leyes redactadas por legisladores ya desaparecidos sirven para decidir en los asuntos de los vivos. Leemos libros compuestos por escritores muertos. Nos reímos con los chistes inventados por los muertos, física y moralmente, y morimos de los mismos remedios con que doctores muertos mataron a sus pacientes. A cualquier cosa que queramos hacer por nuestra cuenta, siempre nos encontraremos con las manos heladas de un muerto que nos obstruye el camino”.

Era tal la obsesión de la historia que los movimientos culturales y políticos del siglo XX reaccionaron con resonantes rupturas. Pero no podemos escapar de la corriente histórica en la que estamos inmersos. Un fenómeno reciente fue el movimiento espontáneo de destrucción de monumentos a Cristóbal Colón y otros personajes históricos en Estados Unidos, ya que eran culpables de esclavismo y explotación. Esto nos recuerda que la historia nos rodea constantemente, con los usos ideológicos y políticos que se hacen de ella para legitimar los poderes existentes o sus antagonistas. Basta con pensar en el uso que hicieron los nazis de las páginas de Lutero para propagar el odio a los judíos.

Ante esta historia presentificada e instrumentalizada por instituciones y fuerzas sociales, se opone la enseñanza y el estudio de la historia como investigación de la verdad de las vidas humanas y los acontecimientos del pasado. El gran historiador francés Marc Bloch lo expresó con más claridad en su *Apología de la historia*, escrita durante su participación en la Resistencia francesa y truncada por su detención y ejecución: “El buen historiador se parece al ogro de la leyenda.

Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa”<sup>1</sup>. No le atrae la acumulación de hechos que no son más que cáscaras vacías, los huesos de seres vivos desaparecidos.

Busquemos a los vivos observando el momento en que piensan, aman, sufren y actúan. Persigamos el conocimiento de la historia como el presente que fue. De este conocimiento podemos extraer enseñanzas para el futuro y compromisos para el presente. Este es el vínculo del circuito *ayer, hoy y mañana*.

Si estamos de acuerdo, entonces puedo intentar detenerme en los términos y herramientas del oficio de historiador que he aprendido a utilizar y que pueden resultar útiles para jóvenes curiosos e interesados.

---

<sup>1</sup> [n. del t. Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001), 57].

## Capítulo 1

### La flecha del tiempo

Volvamos a leer el fragmento de *Eclesiastés* del epígrafe y hagámonos la pregunta ¿si es verdad que “no hay nada nuevo bajo el sol” y que todo “lo que fue, eso será”?

Depende del sentido mismo de la historia, ya que, si en esencia el mundo humano siempre ha sido idéntico a sí mismo, entonces estudiar historia es una pérdida de tiempo. Dejaremos para la conclusión la respuesta a esta pregunta. Mientras tanto, podemos comenzar esta historia con algunas observaciones sobre el tiempo.

¿Qué es el tiempo para cada uno de nosotros? “Es nuestro jurado enemigo y el más íntimo amigo, la única cosa que poseemos en exclusividad total, aquello que no somos capaces de aferrar, nuestro tormento y nuestra esperanza”<sup>2</sup>.

El título que hemos elegido para estas reflexiones es *Ayer, hoy y mañana*. La flecha del tiempo sugerida en el título nunca se detiene, pero ¿en qué dirección se mueve? La respuesta parece obvia: desde el ayer hasta el mañana, atravesando el inestable presente, que es como la cresta de la ola. Sin embargo, la experiencia nos dice que el futuro es lo que se encuentra continuamente con nosotros, desde el inicio de la vida y con mayor intensidad a medida que avanzamos en ella, hasta el final. Solo entonces, como escribió Giacomo Leopardi, “desde mi mirada huirá el futuro”.

Pero ¿qué es el tiempo?

Desde Kant, los filósofos y, desde Einstein, los científicos han dedicado gran parte de su atención al problema y han publicado muchos estudios sobre él. No intentaremos resumir sus reflexiones.

---

<sup>2</sup> Jean Améry, *Rivolta e rassegnazione. Sull'inecchiare* (Torino: Bollati Boringhieri, 1968) [n. del t. edición en español: *Revolta y resignación. Acerca del envejecer*. Valencia: Pre-textos, 2001)].

Si nos piden que expliquemos cuál es la relación entre el tiempo y la historia, debemos recordar que el tiempo, en su flujo constante, no solo pertenece a los seres humanos. Si desapareciéramos todos, el tiempo continuaría fluyendo.

De nuevo, es Leopardi quien nos ayuda. En su Diálogo de un duende y un gnomo, se preguntó cómo reaccionarían otras especies vivas ante la desaparición de la nuestra, que se había convertido en invasora y portadora de malas noticias en los confines de la Tierra. Y tendrían toda la razón, ya que el crecimiento descontrolado del uso humano del medio ambiente ha llevado por primera vez ante nosotros el espectáculo de la muerte de la Tierra como realidad viviente. Desde esta perspectiva, hoy necesitamos volver a reflexionar sobre la historia humana.

Mientras tanto, debemos reconocer que no podemos movernos en el tiempo con la misma libertad con la que nos desplazamos en el espacio. Aunque esta libertad que nos ha dado la naturaleza debe acabar con los muros y las fronteras levantadas por el racismo y el nacionalismo. No podemos corregir los errores del pasado. No podemos, una vez alcanzada la vejez, resurgir en el fulgor de la primavera de la vida llevando con nosotros la experiencia adquirida.

El paso del tiempo sucede en la naturaleza a una velocidad constante. Sin embargo, el tiempo de la vida individual y de la historia humana se percibe como aceleraciones y estancamientos. Por ejemplo, en nuestra narración del pasado histórico distinguimos entre épocas de crisis y épocas de avances y expansión. Son intentos de apropiarnos del tiempo con el mismo método con el que intentamos apropiarnos del espacio: trazando fronteras y colocando un cartel con el nombre en la puerta de entrada.

En lo que respecta a la percepción del tiempo vivido, todos experimentamos momentos de crisis, efervescencia y creatividad. El tiempo parece dilatarse o contraerse según lo que advertimos en un momento determinado de nuestra vida.

A nivel personal, esto no solo depende de los hechos de nuestra vida, sino sobre todo del conflicto interno entre miedo y esperanza. Cuando deseamos que el tiempo pase lo más rápido posible, parece que se alarga; cuando queremos que un instante se suspenda, la flecha del tiempo parece escaparse. “¡Detente, instante, eres tan bello!”, así hizo hablar el gran escritor alemán Johann Wolfgang von Goethe al héroe de su poema *Fausto*.

En la historia también se han distinguido épocas de gran creatividad cultural en las que han renacido formas de pensamiento y artes que parecían desaparecidas, como ocurrió con las formas de arte antiguo en el Renacimiento, y otras que quisiéramos olvidar, pero que parecen destinadas a no borrarse jamás de la memoria. Tiempo atrás, el historiador alemán Ernst Nolte, hablando de la época en que el nazismo estaba en el poder y de las atrocidades sin precedentes cometidas en Alemania, lo definió como un “tiempo que no pasa”<sup>3</sup>. Esa memoria es una herencia que pesa sobre todo el pueblo alemán. A los italianos debería pesarles la herencia histórica del fascismo como una invención italiana, con sus guerras y leyes raciales. Se querría olvidar, pero la memoria histórica y civil no lo permite.

En cuanto al tiempo de vida individual, demasiado breve para la humanidad, está amenazado por la vejez y la muerte. Y esto no solo ocurría en épocas pasadas, cuando la esperanza de vida era mucho menor que en la actualidad. En la mitología griega, la duración de la vida se simbolizaba con un hilo, gobernado por las tres Parcas: Cloto, Láquesis y Átropos. Cloto teje el hilo, Láquesis lo mide y Átropos lo corta.

El hilo de la vida es un motivo que aparece con frecuencia en las imágenes literarias. También aparece en una fábula que circula en la literatura pedagógica. En esta narración educativa, el protagonista es un adolescente que se enfrenta a un

---

<sup>3</sup> Gian Enrico Rusconi, *Germania: un passato che non passa. I crimini nazisti e l'identità tedesca* (Torino: Einaudi, 1987).

compromiso desagradable y desea que ese momento pase lo más rápido posible. Pero, de repente, por arte de magia, llega a sus manos el ovillo del hilo de su vida. Solo tiene que tirar un poco del hilo y la mala experiencia quedará atrás. Con la acumulación de pruebas y compromisos, el joven recurre continuamente a la solución de ir tirando del hilo mágico. Así, en un instante, su vida llega a su fin.

Se trata de una fábula que evoca indirectamente la experiencia contemporánea del consumo de drogas. La enseñanza es clara: hay que afrontar la vida en lo bueno y en lo malo, porque es un bien en sí mismo, intransferible e inalienable. El tiempo que transcurre entre el hilar de Cloto y las tijeras de Átropos es todo lo que tenemos: está destinado a ser una experiencia en la realidad. Quien recibe el regalo de la vida se asoma a una realidad ya constituida y debe esforzarse por entender de dónde viene, además de enfrentarse a todas las experiencias que le depara la vida. Con la experiencia, entenderá rápidamente que para tomar un lugar en la sociedad es necesario aprender a conocer el mundo.

Ahora bien, para conocer el mundo hay que tener una idea de lo que sucedió antes de nosotros. Así es como comenzamos a aprender, a través de la familia, el entorno y las lecturas, la historia del pasado, desde el más reciente hasta el más remoto. Y esta es la tarea que nos acompaña continuamente, pues toda la vida está hecha de elecciones.

Aquí me viene a la mente una famosa obra de Paul Klee, *Angelus Novus*, que representa a un ángel alado que mira hacia atrás mientras avanza. El gran ensayista alemán Walter Benjamin interpretó este dibujo como la imagen de la historia y su relación con el presente y el futuro. Mientras un viento irresistible lo empuja hacia adelante, la mente se vuelve continuamente hacia el pasado para comprender, conocer y prever. Miramos al pasado (*ayer*) mientras (*hoy*) somos empujados hacia el futuro (*mañana*).

Pero ¿es verdad que todas nuestras experiencias, incluso las más bellas e inolvidables, no volverán nunca más con su perfume?

La humanidad se ha hecho esta pregunta innumerables veces. La narración surgió con el propósito de preservar, al menos, la memoria de los acontecimientos más importantes. Y el arte, en todas sus manifestaciones, siempre ha sido una apuesta contra la muerte y el olvido.

Mientras escribo estas palabras, se celebra el “Día de Dante” (25 de marzo de 2023), la jornada dedicada al recuerdo colectivo de Dante Alighieri, quien en el canto XVII del Paraíso de su *Comedia* declaró su miedo más íntimo: “si me muestro como amigo tímido de la verdad, no viviré entre aquellos que a nuestro tiempo llamarán antiguos”<sup>4</sup>. Nosotros, que vivimos en el tiempo al que el poeta llamaba antiguo, podemos constatar el resultado: Dante ganó su batalla.

Mientras tanto, debemos recordar que la cultura del siglo XX ha aportado nuevas respuestas a preguntas antiguas. En este sentido, merece la pena citar una gran obra maestra de la literatura. Lo haremos a menudo en este estudio dedicado a la historia: la literatura tiene mucho que decir a quienes, a través de su estudio, buscan conocer la sociedad humana. La humanidad narrada en las creaciones literarias es la carne que cubre los huesos acumulados en los manuales de historia.

El mayor escritor del siglo XX, Marcel Proust, dedicó toda su vida a la redacción de una autobiografía extraordinaria titulada *En busca del tiempo perdido*.

Proust describe en páginas inolvidables cómo vivió el imprevisto retorno de imágenes lejanas y sentimientos sobrevivientes en los estratos más profundos de la psique humana. Se trata de una vivaz reapropiación de episodios, personas y voces que parecían ya olvidadas, desaparecidas de la memoria consciente.

---

<sup>4</sup> [n. del t. Dante, *Comedia*, Paraíso, 17, 18-20, traducción de José María Micó (Barcelona: Acantilado, 2018), 684].

Sin embargo, existe una memoria involuntaria capaz de resucitar. A veces, basta una sensación idéntica a la original —un sabor, un perfume, un sonido— para que resurja de improviso la experiencia antigua, anulando el tiempo transcurrido. La reaparición de momentos olvidados y personas queridas desaparecidas de la infancia y la juventud se le presentó al escritor como la demostración de que se podía reencontrar el tiempo perdido, pues no se perdía enteramente, sino que permanecía vivo en lo más profundo de la psique humana.

Así, la obra maestra de la literatura del siglo XX nació de la experiencia de recuperar un pasado olvidado. Algo que quizá más de uno tiene la oportunidad de experimentar.

Casi en los mismos años en que Proust escribía, se produjo un descubrimiento del mismo tipo, pero de un color distinto. Un neurólogo destinado a la fama, Sigmund Freud, identificó un nivel profundo de la conciencia desconocido en la psicología tradicional: el «subconsciente». Freud descubrió la acumulación de experiencias fuertemente traumáticas que habían sido borradas en modo consciente de la memoria, precisamente porque eran intolerables.

A raíz de los descubrimientos de Freud, surgió una nueva categoría de psiquiatras denominados “psicoanalistas”. Su campo de especialización consiste en hacer aflorar los recuerdos dolorosos que están incrustados en la conciencia de los pacientes para liberarlos de su sufrimiento. Este modelo también se vincula con el estudio de la historia, cuando lo hacemos para liberarnos del peso de los acontecimientos trágicos.

Con este estado de ánimo, el historiador Raul Hilberg escribió su obra fundamental *La destrucción de los judíos de Europa*. Partiendo de la premisa de que no era posible comprender el “por qué” de la Shoah, se limitó a reconstruir con precisión el “cómo”. Así, utilizó un billete colectivo de los trenes alemanes hacia

los campos de concentración para deducir el significado de la muerte: era un viaje de ida.